

Cordelia

Volumen II

Novbre. de 1913

Número 15

Publicación mensual
dedicada a la mujer costarricense.

Director,
José Fabio Garnier

María Sklodowska Curie

Nacida en Varsovia en 1867 fue primero discípula, en la Sorbona, de Pedro Curie el famoso químico francés quien casi enseguida la hizo su esposa. Haciendo investigaciones acerca de los rayos Becquerel producidos por el uranio encontró un metal nuevo muchísimo mas radioactivo que el mismo uranio y que llamó *Polonio*; en el mismo año, junto con su marido, descubrió el *radio*, uno de los cuerpos mas interesantes de la química moderna. La señora Curie, constituye un magnífico mentís para los que pretenden que la mujer no tiene facultades descubridoras y le niegan toda energía científica. Hoy es profesora de Química en la Sorbona, puesto que ocupa desde la muerte de su marido ocurrida en 1908.



CORDELIA

Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense

SUMARIO del presente número

María Curie.....	<i>La Dirección</i>
La señora Paula.....	<i>Matilde Serao</i>
Las alondras.....	<i>Esmeralda Rubí</i>
La lluvia es alma.....	<i>María Teresa Obregón</i>
Misión de la mujer.....	<i>Leticia de Céspedes</i>
La conquista del hombre.....	<i>Lavinia Hart</i>

La señora Paula

I

Al inclinarse para tomar el sorbete que Paula le ofrecía, Fulvio se atrevió a decirle mientras la miraba con insistencia.

—Te amo.

—No debes amarme, murmuró ella sin inmutarse y sonriendo siempre

—Y por que?

—Porque soy casada—repuso la señora. Al oírla, los ojos de Fulvio, que eran de un azul oscuro, relampaguearon apasionados. Mientras tanto ella jugueteaba con las cadenas de oro de eslabones finísimos sembradas de piedras preciosas que resaltaban en sus brazos de una blancura incomparable

Fulvio, para disimular su enojo, golpeaba el plato del sorbete con la cucharita.

—Vete—murmuró de pronto, irrito, —eres una mujer odiosa a quien detesto.

Paula balanceó con suavidad la cabeza como se hace con un enfermo incurable y se alejó del joven.

Los demás invitados se agrupa-

ban alrededor del piano en el cual un maestro joven, pálido, con un copete de cabellos negros sobre la frente, acompañaba el canto de una señorita vestida de blanco, que entonaba con su voz suave una romanza de Bizet.

La romanza era de carácter oriental, un cántico caprichoso, a veces lleno de exclamaciones alegres, a veces lleno de largos sollozos. Dos o tres señoras dejaban deshacerse los sorbetes en sus platos, emocionadas con el delicado lamento de aquella muchacha oriental; el marido de Paula se balanceaba tranquilo, en una mecedora, mirando con ojos distraídos, la esbelta figura de su esposa, toda vestida de negro, resplandeciente de juventud y de belleza.

Fulvio miraba el mar, como absorbido, asomado a una de las cuatro ventanas por donde la fresca brisa marina entraba en aquel hermoso salón.

Paula se puso a distribuir cigarrillos a los jóvenes y a las señoras que se atrevían a fumar.

Aquella mano que presentaba el

porta-cigarrillos era tan blanca, tan puras eran las líneas de que estaba formada, que Fulvio se llenó de ternura.

—Perdóname—dijo levantando hacia ella sus ojos suplicantes.

—No tengo nada que perdonar—le contestó Paula con suavidad.

—Soy muy ordinario; tu eres buena, se buena conmigo.

—No, no—y quiso retirarse.

—No permaneces un solo momento a mi lado?—murmuró el joven con tristeza.

—No puedo, Fulvio; aquellos señores necesitan fumar. También mi marido no tiene cigarrillos.

Se acercó sonriendo a su compañero, quien la miraba cariñoso, con el aire satisfecho del hombre que posee la felicidad imperturbable, mientras jugueteaba con los dedos finos de su mujer fingiendo que escogía el cigarrillo. Sus ojos se decían tantas cosas, tantas cosas de amor; eran tan jóvenes, tan simpáticos, tan bien se congeniaban, que sus amigos los veían con cariño como si fueran dos prometidos. Sólo Fulvio, apoyado a la ventana, miraba con envidia aquella escena que lo hacía palidecer.

Poco después Paula que atendía a todo, se acercó al joven y le dijo con amabilidad:

—Tu cigarrillo está apagado, quieres fuego?

—No temas—contestó Fulvio simulando su desesperación con la mas amable de las sonrisas—no temas que haga desaparecer a tu marido?...

—Tu cigarrillo está apagado, quieres fuego?

—Quieres que lo haga desaparecer?

Sin decirle nada, con un gesto Pe severidad, Paula se separó del

joven lentamente como si la hubiese herido con aquellas palabras.

Todos los invitados felicitaban a la señorita Sofía por haber cantado con tanta expresión *les adieux de l'hotesse arabe...*

La delicada señorita, con su aire melancólico, sonreía tristemente.



MATILDE SERAO SCARFOGLIO

—Le gusta Bizet?—preguntó Sofía a Fulvio, quien se había acercado al resto de los invitados.

—Bizet?...—respondió el como despertando de un sueño.

—Si; le pregunto si le agrada la música de Bizet.

—Bastante.—murmuró Fulvio distraído.

La señorita delicada y melancólica, lo miró repitiendo en voz baja las primeras palabras de la romanza francesa:

—*Puisque rien ne l'arrete...* que el no oyó concentrado como estaba en sus pensamientos.

—...*adieu bel étranger*—concluyó Sofía con dulzura.

Alrededor del piano todos refán. El maestro joven, pálido, con su copete de cabellos negros sobre la

frente, recién llegado de Londres, refería a sus amigos napolitanos que las *miss* y las *mistres* inglesas querían a toda costa aprender las patéticas romanzas italianas; imitaba sus gestos y contorsiones con vivacidad, con el brío del napolitano que se venga de la larga estación de nieblas soportada en Londres. Todos refan, especialmente el esposo de Paula; ella, de pie, se hacía aire con su gran abanico de raso negro en el que un artista fantástico había pintado un paisaje lunar. Notó que Fulvio la miraba con insistencia y, como si la luz excesiva la fastidiase, levantó el abanico tras el cual ocultó su bello rostro.

Fulvio no veía ahora más que el talle elegante en el que brillaba una multitud de perlas negras y la mano delicada que sostenía el plegador oscuro del abanico: un velo de raso negro le ocultaba el semblante encantador de Paula.

Fulvio tenía los ojos llenos de lágrimas. Sólo Soffa lo miraba con sus ojos melancólicos.

Un delicado sonido de mandolina entró por las ventanas que daban al mar: callaron las risas, todos pusieron atención. El sonido se acercaba. Negro era el mar, en lo alto del cielo negro titilaban las estrellas. A través de las tinieblas que cubrían el mar, una barca pequeña pasaba llevando en la proa una luz roja; dentro de la barca alguien hacía llorar una mandolina; en la oscuridad resaltaba un manto blanco, talvez el vestido de una mujer. Un silencio completo se extendió sobre aquella reunión que pocos momentos antes estaba tan alegre.

—Es una romanza en acción—dijo el maestro de música rompiendo el silencio.

—Un dúo amoroso—agregó un jovencito.

—No turbemos su dicha—observó Paula con suavidad.

—Buenas noches—exclamó el marido de Paula—como para contradecir a su mujer—buenas noches, que se diviertan!

Todos los invitados repitieron;

—Buenas noches, buenas noches, que se diviertan.

De pronto la luz se apagó como si se hubiese sumergido en las aguas marinas, la mandolina cayó sus lamentos y la barca siguió bogando envuelta en la oscuridad y en el silencio.

—Mucha soberbia, enamorados!—volvió a exclamar el marido de Paula.

—Felices ellos!—dijo Fulvio con tristeza.

—Por que los envidias?—le preguntó el maestro de música.—No tiene Nápoles sus playas llenas de barcas y sus casas repletas de vestidos blancos?

—Hay, por ventura, escasez de mandolinas?—agregó el dueño de la casa.

—Que me importan las barcas, la música y los vestidos blancos! Ellos se aman y es por eso por lo que los envidio.

—Oh, el sentimental, el romántico!—exclamaron dos o tres.

—El amor es una cosa encantadora,—agregó Fulvio con profunda convicción.

—Que descubrimiento, por Dios! le contestó el marido de Paula.

—Es necesario casarse,—agregó el maestro de música.

Fulvio miró con interés a Paula y a su esposo.

—Es necesario casarse,—repitió ella con dulzura.

—Es necesario morir,—le replicó en voz baja y con tristeza el joven.

Todos los invitados volvían al

salón y combinaban, para la noche siguiente, un paseo por el mar llevando música.

—No es mejor esperar las noches de luna?

—No; los paseos con luna son muy vulgares, no se tiene temor de nada, se ve todo con claridad; es mejor bogar en medio de las tinieblas como la barca de aquellos dos enamorados.—Eso decían las señoras mientras sus compañeros proponían que se llevara también la cena.

En el umbral de la puerta que daba a la terraza, Paula dijo a Fulvio:

—Vienes con nosotros mañana?

—No, no, escúchame...—le replicó el joven con voz sofocada. Ella no le hizo caso y volvió al salón.

Como algunas señoras deseaban retirarse, Sofía quiso detenerlas unos minutos mas poniéndose a cantar el *Vals de la sombra* de Dinorah.

Apesar de que su breve voz no podía seguir las notas complicadas del piano, la señorita cantaba aquel vals con sentimiento. En su boca aquella música que es el llanto de una esperanza perdida, semejaba un sollozo de dulcísima pasión.

—Dame mi abanico—dijo Paula a Fulvio que permanecía en la terraza.

—No, no, escúchame...—le contestó el joven acercando el abanico a sus labios.

—Dame mi abanico—replicó la señora con firmeza.

—Escúchame, escúchame, te lo suplico...—Paula no lo quiso escuchar, volvió al salón endonde se puso a repartir copas de vino *málaga* en el cual sobrenadaban pedazos de hielo.

Cuando terminó sus deberes de señora de casa, viendo que a nadie faltase nada, se acordó del otro invitado que permanecía solo en la

terrazza entre la negrura del cielo y la del mar.

—Dame mi abanico Fulvio.

—Escúchame,—le repitió el joven. Su voz estaba tan llena de dolor que ella se detuvo.

En el salón, con la nueva alegría del vino, cantaban un coro napolitano. Ella escuchaba con atención lo que le decía Fulvio.

—Oyeme. Debo hablarte, decirte muchas cosas interesantes. No me interrumpas, Paula, te lo suplico. Escucha, tengo que decirte muchas cosas; pero no ahora. En esa sala hay mucha gente, gente feliz; yo soy muy desgraciado. Sufro mucho, se compasiva. Oye, yo no abandonaré esta terraza; cierra la puerta, todos creerán que me he ausentado. Te lo suplico, ciérrala. Cuando tu marido duerma, yo quiero hablarte. Esperaré aquí hasta que vengas...

—No vendré,—contestó la señora.

—Oye, Paula, estoy muy mal. Allí cantan y ríen, aquí suspira un agonizante...

—No vendré,—repitió ella con energía.

—Te lo suplico, en nombre de tu conciencia de mujer honrada; por tu virtud de niña y de esposa, por tu dulzura y por tu piedad no me niegues este último favor...

—No vendré.

—Si no vienes me suicido, Paula. Ella lo miró durante un segundo.

—Me suicido, Paula. Eres cristiana y estoy seguro que no dejarás que un hombre muera de ese modo...

—Vendré,—fue lo único que le contestó la señora.

II

Y fue. Era muy tarde; sobre el golfo napolitano y allá muy lejos brillaban las estrellas; en la desier-

ta calle de Posílipo una fila de luces corría hacia Nápoles; el silencio y la soledad eran completos. La puerta del balcón que daba a la terraza se abrió con suavidad dando paso a una sombra blanca, ágil, que se deslizó hasta donde estaba Fulvio.

—Gracias—le dijo el joven tratando de ver—en la oscuridad—el semblante de Paula.

—Estamos en grave peligro de muerte—le respondió ella con dulzura.

—Lo se—e inclinando la cabeza Fulvio no habló mas.

En la primera hora de espera no había hecho otra cosa que repetir lo que deseaba comunicar a la señora. Ella no venía; se escuchaban los pasos de los criados que iban y venían poniendo en orden las habitaciones y cerrando las ventanas; oía las voces tranquilas de Paula y de su marido que conversaban. Después todo fue cerrado, las luces se apagaron, reinando un silencio completo. Comenzó a impacientarse; repetía confusamente las palabras que debía decirle a la señora, como un niño desesperado que busca en vano el medio de comprender la lección aprendida de memoria. Paula no venía. El joven había contado cien veces las lámparas de gas de la calle Posílipo; eran treinta y tres; las demás se perdían en una fila de luz. Para engañar el tiempo, quiso contar las estrellas. Cuántas horas habían pasado? Era eterna aquella noche? Si Paula no venía no le quedaba otro recurso que arrojar al mar. No podía esperar el sol del día siguiente en aquella terraza. Tal idea lo tranquilizó. Una debilidad general se apoderó del joven quien no supo nada mas, ni del tiempo que trascurría ni del lugar en que se encontraba.

Y ahora que Paula había llegado no recordaba lo que quería decirle.

—Que tenfas que comunicarme?

—Que te amo.

—Eso ya me lo habías dicho. Nada mas?—contestó la señora disponiéndose a volver por donde había venido.

—Te amo, te amo, te amo.

—Amigo, mi marido duerme allí. Muy fácilmente puede despertarlo un mosquito que zumbe, un mueble que cruja o nuestras voces. Entonces moriremos.

—Eso quiero,—murmuró Fulvio en voz baja.

—Moriría por ti y contigo si te amara: pero no te amo.

—Y por que te expones entonces a la muerte?

—Por piedad.

—No sientes por mi otra cosa que piedad?

—Amistad y compasión.

—Vosotras las mujeres sois muy infames.

—Pobre Fulvio,—murmuró la señora con ternura.

—Te prohibo compadecerme. Debes amarme, comprendes? Eso he venido a decirte.

—No puedo amarte.

—Debes amarme. Tengo el derecho de ser amado. Crees que no vale nada la existencia de un hombre? Crees que no sea nada apoderarse de un hombre, obligarlo a esperar en medio del frío de esta terraza y darle una fiebre abrasadora que nunca se aplaca? Crees que una mujer pueda impunemente mirar con dulzura, sonreír con dulzura, hablar con dulzura como miras, sonríes y hablas tu? Oh, maldita dulzura, maldita dulzura!

A pesar de que estaba muy cerca de Paula, el joven no pudo ver las

lágrimas que brillaban en los ojos de la señora.

—Yo era feliz, gozaba de la juventud, del sol y de la alegría de mi país y del cariño de mis amigos. Poseía la indiferencia serena que es la más grande entre las felicidades humanas; era egoísta pero vivía tranquilo; me dejaba amar sin buscar el amor de nadie. Era feliz...

—Dios quiera devolvarte esa felicidad—murmuró ella con dulzura.

—A Dios...? no le ruego nunca.

—Pero yo le ruego siempre para que te conceda la paz.

—Oh, mujer hipócrita! No te burles del señor como te burlas de mí. Escucha, debes amarme, por fuerza. Te amo demasiado para no ser correspondido. Sería una injusticia. Mi amor es una llama viva; por que no se inflama tu alma en ella? Debes amarme. Deja tu marido, tu madre, tu casa, todo lo que has amado hasta ahora y ven conmigo. Iremos lejos, muy lejos, allá donde seamos felices. También seremos desgraciados, lo sé; pero así es la vida y debemos soportarla. La pasión es mas fuerte que nosotros. Yo te adoro, Paula, se mi compañera!

—Estás loco, Fulvio?—le contestó ella apoyando uno de sus codos sobre el parapeto.

—Si así lo quieres, soy un loco. Eso no es de importancia. No puedo vivir sin tu compañía, tengo necesidad de ti, te adoro. Dicen que nada resiste al magnetismo de la voluntad que hace líquido el diamante y convierte en pedazos el hierro. Eres una mujer, oyes, amas, odias, entonces sentirás el magnetismo de mi alma que te adora. Es cierto que tu marido te posee pero no te quiere: es una bestia. Lo odio profundamente. Quería asesinarlo

esta tarde, lo haré mañana si no vienes conmigo. Vamos.

Y aprisionó uno de sus brazos resuelto a llevársela consigo.

—No!—dijo ella.

—Vamos.

—No!

—Por que?

—Porque no te amo.

—Paula, Paula, no hables de esa manera,—prorrumpió Fulvio con voz suplicante.

—Cómo quieres que hable?

—Mejor callar. El timbre de tu voz dulce y fresca me desespera. Es mejor callar, te lo suplico.

Ella permaneció en silencio. Fulvio se había apoyado también en el parapeto, sosteniendo con los brazos su frente que ardía. Ella había inclinado la cabeza sobre el pecho como si meditara.

Una carroza pasó por la calle de Posílipo, una risa argentina llegó a través de la oscuridad. Paula levantó la frente.

—No llores, Fulvio.

—No lloro—contestó el joven desesperado.

—Se fuerte.

—Soy bastante fuerte.

—Escucha lo que te dice una amiga. Tu curarás muy pronto.

—No, nunca.

—Si, curarás muy pronto. Eres honrado?

—Soy honrado.

—Pues bien, curarás con facilidad. La pasión es algo que deshonra. Te parece vulgar mi respuesta: *Tengo marido?* Sin embargo es muy honrada. Cuando era joven, mi madre me dijo: al hombre que te lleve al altar debes amarlo; si no puedes concederle cariño, debes serle fiel y obediente, conservarle tu cuerpo y tu alma, aunque seas desgraciada. Y no solo me aconsejaba sino que

me daba el ejemplo con su conducta; ese deber de honradez, esa tradición de fidelidad y esa herencia de virtud, se transmiten de madre a hija. No es nada sublime como tu ves: es un deber y como deber se cumple...

—Y se muere, Paula.

—No se muere. La pasión ciega insulta al marido que duerme tranquilo, confiado, sin tener una sola sospecha. Esa es una gran injusticia. Porque cuando el hombre se casa, aunque sea por ambición, lleva a cabo un gran sacrificio. Da su nombre y su corazón; da su fe y su libertad; se dedica al trabajo por su mujer y sus hijos. Nosotras somos su gloria y su consuelo; representamos para él, la más dulce de las satisfacciones; su día lo pasa deseando volver al hogar, ver a su esposa y a sus hijos; sus horas más felices las encuentra en su casa, entre nuestros brazos. Oh, que tesoro de pequeños y de grandes sacrificios representa el amor de un marido! Tu lo ignoras. La pasión ignora todo, no sabe apreciar nada, ni aun se conoce a sí misma.

—Los maridos traicionan a sus mujeres—murmuró el joven.

—Las traicionan, pero las aman. Nada puede desatar el lazo profundo, íntimo, hecho de palabras y de lágrimas, de besos y de suspiros; nada puede romper ese vínculo que llega hasta el corazón. Sólo la pasión ciega pretende desatar el sagrado lazo, pretende romper el sagrado vínculo. Quién eres, Fulvio? Un joven, un ser cualquiera perdido en medio de la humanidad infinita: un ser extraño para mí. Pasas por mi camino, tal vez yo también paso por el tuyo, y de pronto dices que me amas. Que has hecho por mí?... Nada. Que puedes hacer?... Nada.

Tengo un nombre, quieres arrancármelo; tengo un honor, quieres que lo arrastre por el fango; poseo la estima de mis amigos, debo desdenarla; poseo la fe de mi esposo, debo traicionarla; tengo la paz de mi conciencia, debo perderla para siempre. Por que? Por que tu dices que me amas? También aquel hombre que duerme allí tranquilo me ama.

—No es verdad!

—Tu no lo sabes. Nosotras las mujeres conocemos bien quien nos ama con sinceridad. Eres tu, Fulvio, el que habla de derechos?... Pobre marido mío, adora a una mujer hasta casarte con ella; dale la mejor parte de tu existencia; coloca en ella todas tus esperanzas; sírvele de hermano, de padre, de marido, de amante, de consejero, de enfermero; sufre por ella tanto material como moralmente. Y luego un extraño, un egoísta, un caprichoso, un hombre que ofrece a tu mujer una vida de deshonor, se cree con el derecho de arrebatarle toda tu felicidad!.. Y eres tu, Fulvio, quien habla de injusticias? Que haces aquí? Por que me digno escuchar tus palabras y darte explicaciones? No se quién eres, no te conozco! Apártate de mi camino. Vete!

—Tu no me amas, Paula, eso es todo.

—Esa es la verdad, Fulvio, no te amo.

Una ligerísima claridad venida de la habitación del marido, los hizo callar. Fulvio y Paula se miraron intranquilos. En voz baja, como si estuvieran a punto de morir, ella dijo:

—Virgen bendita, a ti encomiendo el alma mía!

Oró en voz baja.

Fulvio callaba esperando. Nin-

gún rumor se escuchó después. Nadie venía. Había sido un engaño.

Permanecieron así durante mucho tiempo. El po se atrevía a interrumpir aquel silencio, no osaba pronunciar la última palabra, le parecía que todo se agitaba a su alrededor. Levantando su mirada, vió que los ojos de Paula lo interrogaban.

—Ahora, que debo hacer? preguntó el joven con frialdad.

—Irte—contestó ella con su dulzura imperturbable.

—A donde?

—Donde quieras. No permito que permanezcas un momento mas en este sitio.

—Muy lejos?

—Muy lejos.

—Puedo volver?

—No.

—Después de algunos años?

—No, nunca.

—Que harás tu mientras tanto?

—Pasarán los años; después moriré.

—No te veré nunca mas?

—Nunca mas.

—Esta es la muerte para mi.

—Ella extendió los brazos como diciendo que no estaba a su alcance el impedirle.

—Adiós, Paula.

—Adiós, Fulvio,

No se dieron la mano. El joven volvió la espalda, entró en el salón oscuro, caminando como un sonámbulo.

Paula permanecía inmóvil en medio de la terraza como deseando oír el paso de Fulvio a través de la casa. Luego lo vió vagar por la calle de Posillipo y perderse en la noche como una sombra.

De pronto se volvió llena de terror. Una voz, detrás de ella, le preguntó:

—Paula, amas a Fulvio?

Ella respondió a su marido:

—Si, lo amo!...

Y aquellos dos seres desgraciados, se miraron con tristeza.

MATILDE SERAO SCARFOGLIO



TERESA UBERTIS

Las alondras

A José Fabio Garnier

Peregrina del Arte encuentro un nido:
CORDELIA es un jardín lleno de aromas,
de pétalos del alma
y de dulces arrullos de palomas.

En ella el alma de mi sexo canta,
como la alondra, remontando el vuelo,
que deja en el bosque
los trinos de la música del cielo.

Juventud es la savia de la vida,
que nos hace soñar con Clavileños,
con magas seductoras
bogando en una góndola de ensueños.

Edad llena de encantos y atractivos,
de perfumes, de pájaros y flores,
en la que alegre canta
el ruiseñor del alma sus amores.

Nos arrulla una música de besos;
todo nos embelesa y nos inspira:
es cada flor que brota, un incensario,
cada rama que cruje es una lira.

Bogamos sin angustias ni dolores:
ni un solo abrojo nuestras plantas pisan;
como esos arroyuelos que garlando
sobre alcatifas verdes se deslizan.

A este jardín artístico que encanta,
búcaro de irisados pensamientos;
endonde se cultivan con el alma,
esas flores de amor: los sentimientos;

Como la golondrina encuentra el nido
en medio de un oasis de palmeras,
llega una alondra derramando trinos
a buscar sus amantes compañeras

ESMERALDA RUBÍ

Con este pseudónimo el inspirado poeta herediano do.
Luis R. Flores envió la presente bella poesía a la dirección
de CORDELIA. Al publicarla damos las gracias al distin-
guido amigo y compañero por los conceptos amables que
dedica a la labor de nuestra revista.

La lluvia es alma

Cae la lluvia. Una de esas hermosas lluvias que son el obsequio que los meses de medio año ofrendan a los hombres, a la tierra, a las plantas; una fuerte lluvia, tal como la desean los ríos para aumentar su caudal; digna del himno que para anunciarla a los campos, entonaron los yigüirros en lo mas alto de los árboles.

Vuelvo a sentirme en el estado de ánimo que en mi se produce cada vez que llueve con fuerza: el agua que cae en abundancia por sobre todas las cosas y en torno de ellas, me hace recogerme de tal modo que me siento sola, íngrima; una barrera poderosa de infinitas gotas de agua me aísla de todo. Una inmensa atracción, la del agua que cae, me hace dejar todo lo que en mis manos o en mi cabeza tenga, para no ver otra cosa que el caer continuo y atropellado de los globitos cristalinos que se precipitan desde arriba; para no oír mas que el ruido sordo y armonioso que su llegada a tierra produce. Y pensando en la lluvia y contemplándola lo olvido todo: amarguras, enojos, abatimientos, todo se disuelve en el agua y se va...

Que gran dulzura me llega! Parece que el espeso velo de lluvia que tengo frente a mis ojos fuera un inmenso telón que ocultara lo malo, lo triste, lo amargo de la vida. Oh! si lloviera siempre! Si siempre cayera la lluvia! Pero lluvia fuerte, llena de ruidos roncacos, como bramidos de huracán o como

furias de mar; lluvias endonde la compasión no encuentre un lugar para arrinconarse: que lo invadan todo, que lleguen a todas partes, que sigan todas las direcciones; lluvias tempestuosas como pasiones humanas desbordadas; lluvias arrebatadas y caprichosas, con caprichos de niño y con arrebatos de fiebra; lluvias revoltosas...

Ah! la lluvia, que paz arrastra consigo y como la esparce sobre todas las cosas así que se aleja! Que frescura en los campos, que vida en los árboles, que aromado está el aire, y como cantan los pájaros cuando pasa una fiesta de lluvia! Y que delicia envuelve los corazones!

Amo la lluvia; la conozco, se todos los secretos de su encanto y ella me conoce a mí y en mi corazón nada hay oculto para ella. Páreceme que es siempre la misma que he visto a través de mis años: la miro y me figuro que cada gota es el arca de cristal en que se conserva algún recuerdo; que el conjunto de gotitas contiene todos los recuerdos de la humanidad. Creo, y por eso me extasío contemplándola, que en cada gota hay en disolución un ensueño, una desesperanza, una sonrisa, un suspiro, talvez una hermosa idea o un oculto amor... Y entonces, para mí, la lluvia es de recuerdos.

MARÍA TERESA OBREGÓN

Misión de la mujer

Generalmente las mujeres nos preocupamos por tratar asuntos de vestidos, paseos, novios, etc.; pero nunca, o casi nunca pensamos en nuestra importancia real y verdadera, porque no nos juzgamos capaces de tenerla.

Y de que depende la influencia que ejercemos sobre los demás si no es de nuestro saber y de nuestra energía?

Si el hombre tiene en el mundo un puesto, una tarea que cumplir, por que no hemos de tenerlos también nosotras?

No quiero decir con esto que podemos hacer todo cuanto el hombre hace, así por ejemplo, nos sería imposible construir un ferrocarril, un puente, o una casa; pero sí podemos convertir ésta en un hogar feliz y dirigirlo bien al cabo de un esfuerzo mental, el que será mayor si nos preguntamos cual es nuestro valor en el mundo para nuestro hogar, para la sociedad, para la Nación, para la Humanidad y para nosotras mismas.

No siempre piensan las madres en la importancia que tiene el que una joven pueda dirigir y gobernar a sus hijos, y por esto nos enseñan a coser, a cocinar, a tocar algún instrumento, etc.; pero no nos hacen conocer la responsabilidad maternal que desde nuestra infancia comienza. Es a nosotras a quienes toca asegurar el vigor físico, moral e intelectual de los descendientes y por lo tanto no debiéramos descuidar nuestra salud ni desperdiciar las facultades intelectuales en lecturas inútiles y estudios incompletos.

Sería muy feliz una mujer si viera convencida de que al morir puede dejar a sus hijos una rica herencia, no de dinero, pero sí de buena salud, buen carácter, tesoros de fuerza, energía y pureza, en fin, una herencia que resultara de una vida ordenada en todo sentido.

El único medio de conseguir todas estas cualidades lo encontramos en la instrucción, que nos es muy necesaria desde luego que debemos ser naturales educadoras del hombre, y en nuestra triple misión de hija, madre y esposa, debemos constituir la felicidad de la familia.

La mujer ateniense estaba reducida a un lugar muy inferior al que hoy tenemos: muy pocas aprendían a leer y a escribir, y la idea de la «dignidad humana» no había nacido en ella. Antes del matrimonio sólo había aprendido a hilar la lana, a no hacer preguntas y a ser moderada.

Muchos hombres afirman que no es necesario que nos instruyamos. Crisalo opinaba del modo siguiente: «No es honesto por muchas causas que una mujer estudie y sepa tantas cosas. Su filosofía y su estudio deben consistir en formar el espíritu de sus hijos para las buenas costumbres, cuidar de su hogar y de sus gentes y ordenar sus gastos con economía».

Jenofonte, filósofo ateniense, confiaba al marido la misión de formar el espíritu de la mujer y de enseñarle los deberes de la vida de la familia, tales son: la economía, el orden, la ternura con los niños, etcétera. Pero el tuvo también el mé-

rito de acercarse al ideal de la familia moderna llamando a la mujer para que tomara parte en los asuntos de la casa y en las ocupaciones del hombre.

Fenelón, en su libro que escribió para las madres dice que la mujer está destinada a desempeñar un gran papel en la vida doméstica y que para ello es suficiente que aprenda a leer, a escribir y un poco de gramática, es decir, apenas lo necesario para poder educar a los hijos.

Como se ve, este gran moralista tampoco favorece nuestra educación, pero debemos elogiarlo y agradecerle que haya resistido en parte a las preocupaciones de una época en que la joven estaba consagrada por su sexo a una ignorancia casi absoluta, y que haya escrito un libro excelente en cuanto encierra, que sólo es defectuoso por lo que en el falta.

Samuel Smiles dice: «La señora es el complemento del caballero; es el rayo de sol de vida en el hogar de todo hombre honrado».

Esto es muy verdad tratándose de una mujer ordenada y trabajadora, que ofrece a su familia un ejemplo inteligente y digno; entonces tiene prácticamente mas en que entender y facultades mas agradables que ejercitar que su esposo destinado a ganar el pan de cada día.

Ella es la encargada de modelar y hacer germinar esas bellas cualidades en sus hijas que han de ser esposas mas tarde.

La frivolidad, el fastidio, la imaginación vagabunda, la charlatanería, la incapacidad para dedicarse a trabajos serios y otros defectos son engendrados por la ignorancia.

En nuestras manos está el elevar o rebajar y degradar la sociedad, siendo así que debemos tener orgullo por conservarla colocada en la mas alta cumbre.

Toda nuestra educación debe ser relativa a los hombres. Debemos hacernos amar y honrar de ellos, educarlos cuando jóvenes, aconsejarlos, cuidarlos y hacerlos la vida agradable.

Se dice que la mujer es mas flaca de espíritu que el hombre y precisamente por eso es necesario que fortifiquemos nuestra inteligencia sin tratar de entrar en estudios inútiles, ni pretender llegar a ser sabias, pues esto sería mas bien ridículo.

Tampoco quiero decir que la mujer puede encontrar igualdad entre su educación y la del hombre; pero es preciso que se la instruya para que pueda desempeñar bien el papel de institutriz natural de sus hijos; para que sea la digna compañera del hombre y así se interese en sus trabajos y tome parte en sus preocupaciones; para que no deje apagar en el corazón del hombre el amor que a los estudios había consagrado desde antes, y últimamente porque es muy justo que los dos sexos tengan igual derecho a la instrucción. No consintamos pues, que nuestras facultades queden inútiles y sofocadas y así daremos cumplimiento exacto a nuestra noble misión.

LETICIA FONSECA DE CÉSPEDES

Inteligente y joven señora que hoy ejerce el magisterio en Tres Ríos. Tiene aptitudes artísticas muy desarrolladas pues además de escribir bien es una magnífica cultivadora de la música.



RITA MAGGIONI

La conquista del hombre

El carácter se inclina al progreso y este es la vida del amor. La variedad puede ser la sal y la pimienta de la vida, pero el progreso es el alimento a la vez que los condimentos de aquel. El progreso supone mas que la variedad porque significa no sólo el cambio constante, sino que cada cosa nueva será mejor que aquella que la precedió. Para conservar vivo y siempre fresco el interés del amor, la inspira-

ción debe ser constantemente nueva, rica y fértil. La versatilidad ejerce sobre el hombre un magnífico encanto. Pero la versatilidad no puede ser imitada ni afectada: es el resultado de los recursos y la individualización del carácter. Tampoco debe confundirse con la movilidad y el cambio de maneras que emanan de la imaginación superficial y del espíritu intranquilo. Los signos exteriores del carácter

no siempre representan el verdadero carácter; es preciso que esos signos sean consistentes, espontáneos y también iguales en todas y en cada una de las ocasiones.

Uno de los primeros signos característicos que el hombre busca es la nobleza de alma. Todos los hombres desde los más bruscos hasta los más cultos, adoran la bondad en la mujer. La naturaleza de la mujer bondadosa se destaca contra la más ruda del hombre, dando a éste un tono de poder y brusquedad que aumenta su condición varonil y le considera fuerte como protector y guía.

Los hombres enérgicos no gustan de debilidades, pero necesitan que la bondad y debilidad de carácter en sus mujeres pongan en evidencia la exuberancia de energías de ellos. La manera más pronta de conquistar al hombre es demostrar confianza en él y hacerle ver que será el apoyo de su compañera; el método más seguro de atraerse sus inclinaciones es hacerle creer que se le juzga capaz de todas las cosas. Entonces, el hombre se esforzará lo posible para hacer bueno el ideal que la mujer se ha formado, y ella no debe dejarle sospechar que conoce su debilidad, pues de otro modo se expone a que el hombre la demuestre todo lo débil que puede llegar a ser.

También la alegría y el buen humor son signos de carácter que forzosamente se imponen al hombre. Un temperamento agradable ejerce gran influencia para la conquista masculina y simplifica mucho su conservación. Hay que considerar que la vida diaria del esposo es una lucha incesante para vencer las dificultades que el vivir ofrece. Si después de un día de competencia

y esfuerzos en el desempeño de sus asuntos lo espera el descanso amenizado por la bondad y la alegría de su compañera, el hombre cobrará ánimos y fuerzas para reanudar la lucha al día siguiente.

La mujer dotada de paciencia es la maravilla y la delicia del hombre, quien carece generalmente de aquella virtud y sólo tiene persistencia o resignación, lo que es algo menos. La paciencia es propia de la mujer, ocupando en ella el mejor lugar y consiguiendo los fines de la acometividad del hombre.

Las mujeres son las que realmente cortejan a los hombres y los conquistan; pero este cortejo es pasivo. Cortejan y enamoran las mujeres por la belleza, por la virtud y por la simpatía, lo que habla más alto y conmueve más que todas las frases amorosas. Así, la mujer elige su compañero mediante señales mudas que tienen, sin embargo, mucha elocuencia. Una mirada, una *toilette* cuidadosamente hecha, una diversión cualquiera retrasada para esperar la llegada del elegido, el sitio de preferencia reservado para él en la mesa: estas y otras cosas son muy elocuentes signos de amorosa predilección. En este cortejo silencioso debe figurar en primer término la modestia, pues de lo contrario quedaría debilitada su eficacia. También es muy importante saber que la paciencia obtiene el merecido premio: es preciso tener en cuenta que la mujer es criatura de caprichos y el hombre lo es de costumbres; los caprichos se dominan con la fuerza de voluntad, pero las costumbres sólo se someten al esfuerzo de la paciencia. El intento de reformar al hombre puede ser peligroso si no se ha adquirido todavía cierta influencia sobre él.

El hombre es egoísta y sus vicios son vicios de egoísmo. Nada le aterroriza mas que la perspectiva de tener que abandonar sus debilidades; por lo cual no hay mejor medio para reformarlo y rectificar su perspectiva moral que el de llegar a ser una de esas debilidades. Hará cuanto pueda en obsequio de la joven que ama; pero no adquirirá la virtud sólo por amor a la virtud. No se abstendrá de beber tan sólo porque la temperancia sea una virtud; pero si se consigue convencerle de que la bebida le produce granulaciones en el rostro, que le estropea el estómago, que hace que se le caiga el pelo y que le pone viejo antes de tiempo, entonces dejará de beber, no por la persuasión, sino *motu proprio*. Así llegará a adquirir el hábito de la abstinencia, y los hombres se apegan mas al hábito que al vicio. La mujer gana entonces doblemente: en primer término, consigue lo que quiere, y después, no da lugar a que su marido la censure por la pérdida de las aficiones que tuvo, sino que mas bien será el quien se enorgullezca por haber dominado sus vicios.

La mujer no debe pretender ser un ángel, ni aun consentir que su amado lo crea, por dos razones: ella está convencida de que no lo es, y mas pronto o mas tarde el hombre se convencerá también de su error; y además del disgusto consiguiendo ante el desengaño, debe evitarse el pobre concepto que entonces formaría el hombre de si mismo. El hombre se enorgullece de poseer una vista sagaz para conocer la naturaleza humana. Si la mujer tiene faltas y debilidades, lo

preferible es darlas a conocer desde luego. Como el hombre posee voluntad para combatir los males que conoce, se dedicará a corregir esos defectos de su amada con toda la bondad de que sea capaz. Pero lo que le saca de quicio, y lo que ha impedido muchos matrimonios que estaban a punto de verificarse, ha sido la ocultación de estas cosas y el convencimiento de que se ha querido practicar un engaño. En suma, el amor genuino sólo se conquista por medios genuinos, no por la afectación. Esta tuvo su tiempo en la época del feudalismo; pero el hombre moderno basa sus ideales en la verdad y en la sinceridad. Puede asegurarse que la conquista del amor del hombre exige una gran cantidad de virtud. No es cosa fundamental que el hombre sea mejor o peor: el peor de ellos reúne condiciones susceptibles de mejorar, y no hay ninguno completamente malo, aunque unos sean mejores que otros. Téngase en cuenta que casi todos los hombres pueden resultar héroes si la mujer inteligente llega a ellos con oportunidad.

El hombre se parece mucho al violín: sabido es que el mejor Stradivarius desafina en manos de un *clown*. La mujer que conoce sus deberes puede obtener armonías de mayor o menor belleza del instrumento humano mas rudo. Es preciso, pues, conocer perfectamente el instrumento para obtener delicadísimas notas, llenas de simpatía, no sólo para ganarse el amor del hombre elegido, sino para hacer de este hombre una conquista digna.

LAVINIA HART